



COLEGIO
Orvalle

Relato finalista en 2024 del XIV Premio Internacional de Relatos para jóvenes de la Cátedra de Estudios Hispánicos de Camilo José Cela.

Últimas palabras desesperadas

Nunca antes había temido la oscuridad. Jamás. Incluso me preguntaba cómo era posible que alguien pudiera temerla. Siempre he pensado que quienes temen la oscuridad no temen la falta de luz, sino lo que puede encontrarse oculto en las tinieblas. Cuán equivocada estaba. Ahora temo la oscuridad. Temó la llegada de la noche a cada hora que paso despierta. Pero esta acaba llegando igual y entonces se desata el caos. El terror araña mis entrañas con sus afiladas garras, luchando por salir en forma de gritos, pero no se lo permito. Aguanto el dolor que la desesperación provoca en mi interior con férrea determinación porque sé que mi terror puede ser el placer de otro. No cierro los ojos, la oscuridad que me espera tras ellos es peor, impenetrable. Aprieto los puños hasta que pequeñas medialunas rojas aparecen en mis palmas. Hasta que vuelve la luz.

Por el día todo es más sencillo. Soy capaz de ignorar el terror. Ignoro el aire nauseabundo que inunda mis fosas nasales. Finjo no oír los gritos de desesperación, el crujido de las viejas tablas, los pasos al otro lado de la puerta. Pero aunque lo finja, los oigo, y no puedo evitar que un escalofrío recorra mi espalda cuando se hace el silencio. Aunque sepa que es en vano, intento hacer oídos sordos y evito respirar por la nariz. Me centro en lo que veo, en lo que toco. Pienso en un objeto que corresponda a cada color del arcoíris y busco una forma que se le parezca entre las piedras de la pared. Cuento los agujeros del techo. Enumero los objetos de la estancia. Me centro en el tacto de las telas, las rocas o la comida. Cualquier cosa que me mantenga centrada en lo que me rodea en vez de en lo que hay en mi cabeza. Cualquier cosa.

La comida me permite establecer un horario, tener noción del tiempo. El día es constante, la luz varía imperceptiblemente. Solo soy consciente de la noche, el resto es un sinfín de tenue luz. Una vez al día (calculo que a medio día) llega la comida,

pequeña porción de paraíso. Intento alargar ese momento lo máximo posible. Saboreo la comida lentamente en mi boca, procurando discernir de qué clase de alimento se trata. A veces desconozco totalmente qué especie alimenticia es, en esos casos me gusta imaginar que estoy ingiriendo alguna clase de manjar celestial, desconocido para un paladar humilde como el mío. Cuando pienso en que es solo una inocente fantasía casi me río. Casi me río de mi desesperación, de la exasperación que me lleva a tales extremos. Son pocas las veces en las que pienso eso, prefiero disfrutar de mis fantasías y del descanso que me brindan.

A lo largo del día no hago mucho. Me siento y observo. Hubo un tiempo, al principio, en que hablaba sola. Hablaba de cualquier cosa, tenía discusiones banales o contaba historias con una trama pobre. Lo suficiente como para mantenerme entretenida o, simplemente, ocupada. Después dejé de hacerlo. Cuando había hablado suficiente, cuando las palabras salían de mi boca como una verborrea constante, en vez de con elocuencia e ingenio, comenzaban a seguir su propio camino. Ese camino solía llevar a donde no quería ir. El incesante flujo de palabras acababa llegando a rincones que mi pensamiento rehuía. Y cuando me volvía consciente de lo que estaba diciendo llegaba el horror, me arañaba el pecho y ardía tras mis ojos. Las lágrimas llegaban entonces, brotaban sin cesar por aquello que sabía pero que me negaba a admitir: estaba muerta en vida. Era plenamente consciente de esta verdad pero decirlo en palabras era demasiado para mi ya de por sí frágil mente. Ahora ya no hablo. Ni siquiera sé si conservo la facultad de hacerlo. Los únicos ruidos que salen de mi boca son extraños balbuceos y gemidos que escapan de mis labios cuando me invade el miedo, sin que pueda contenerlos. Pero ya no hablo. No. Prefiero perder el habla que la cordura, aunque no sé si lo estoy consiguiendo.

No sé cuántos días llevo aquí. Ni siquiera sé dónde es aquí, supongo que alguna parte será, en alguna parte estaré. Antes dibujaba rayas en la pared, como los presos de las cárceles, luego dejé de hacerlo. Me mantenía entretenida, tardaba bastante en conseguir hacer una raya con la cuchara de la comida. No sé por qué dejé de hacerlo. Creo que porque me hacía pensar que estaba en una cárcel. Quizá sí lo estoy pero temo admitirlo. No lo sé. No sé nada, todo lo que antes tenía por seguro ha desaparecido así que tampoco puedo decir que fuera verdad. Si lo que supe una vez ya no está, ¿qué esperanza me queda ahora que no sé nada? Supongo que ahora no

tengo nada que perder. O sí. Quizá ahora soy más consciente de lo que tengo para perder, lo que de verdad puedo perder. Yo no sé qué es eso. Ya no soy consciente de nada. Apenas me paro a pensar, no quiero llegar a donde me lleve cualquier hilo de pensamientos, tengo miedo de lo que podría encontrarme allí, de lo que podría hacerme consciente. Tengo miedo. Miedo a perder aquello que no sé que puedo perder pero que, con seguridad, perderé si ignoro el miedo. Ni siquiera sé lo que significa eso, quizá una parte de mi subconsciente sí que lo sepa. Ya no sé ni lo que escribo. Escribo sin esquema, siguiendo un rumbo me da miedo seguir.

En la habitación en la que me encuentro no hay lámpara. Echo de menos la luz artificial. Tampoco tengo silla ni mesa. Estoy harta de sentarme en el suelo, de sentirme como un animal mientras me inclino sobre mi comida. Entre estas cuatro paredes no hay ningún espejo ni superficie que refleje, ni siquiera la cuchara porque es de madera. No soy capaz de verme. No me veo. No veo a nadie. No recuerdo como es una sonrisa ni soy capaz de imaginar las arrugas que se forman en la comisura de los ojos al hacerlo. No he vuelto a ver la profundidad de unos ojos que reflejan el interior, ni unas manos encallecidas por trabajar. A decir verdad, hay tantas cosas que no he visto desde que estoy aquí que ni siquiera recuerdo la mayoría de ellas. Solo cuando he dejado de verlos me he vuelto consciente de la cantidad de elementos que día a día veía, tocaba, oía, saboreaba y olía, cosas de las que no era consciente. Solo cuando las he echado en falta he sido consciente de ellas. Y ni siquiera puedo recordarlas. Desconozco todas aquellas cosas que he ignorado durante años, que he pasado por alto como si no fueran nada cuando en realidad son demasiado.

Si voy a morir aquí, si paso mis últimos días encerrada y solitaria, quisiera que me concedieran un deseo. Es imposible, lo sé, a nadie le importan mis deseos. Pero aún así, aún habiendo perdido todo hasta lo que no sé que he perdido, conservo la capacidad de desear. Deseo oler la hierba recién cortada de nuevo, deseo mirar a alguien a los ojos, deseo caminar sin rumbo fijo y sentir la brisa de una noche de verano junto al mar. Pero desear es en vano, solo me traerá más desilusiones, más pérdida y desesperanza. Al final escribir es como pensar, es como hablar, cuando ya lo has hecho por demasiado tiempo, cuando comienza a ser mecánico, trae consigo pensamientos que solo me causan dolor. No puedo desear. No debo desear. Desear es recordar lo perdido, recordar lo pasado, desenterrar el dolor. No puedo hacerlo. No

quiero hacerlo. Eso es lo que quieren ellos, para eso me han traído este cuaderno, para eso me dieron la tinta. Desean que sufran. Lo han conseguido. Han conseguido que sufra.

Necesito ayuda pero nadie me la dará. Quiero ayuda. ¡Ayúdenme! Ni siquiera sé a quién grito, a quién suplico, no hay nadie al otro lado, esto es solo papel. Solo queda una cosa para hacer: resignarse.

Una vez hubo un mañana, una vez hubo un ayer, ahora solo hay presente. Solo hay sombras, solo hay terror. Solo hay desesperanza y apatía. Solo queda el abatimiento y la espera. La angustia es tan grande que ya no puedo respirar. Da igual el día o la noche. Todo da igual. Todo será igual mañana, siempre es igual día tras día. Ya no aguanto más, me estoy volviendo loca. Pero lo pienso y me pregunto: ¿qué haría allí fuera? En realidad ya no quiero salir. Solo conozco esto. Solo tengo esto. Fuera no podría vivir. Pero no puedo seguir aquí. No puedo. Es preferible morir. Pero no quiero morir. No deseo morir. Tengo miedo a morir. Sáquenme de aquí. Tengo miedo a quedarme. Tengo miedo de salir. Sáquenme. Sáquenme con los pies por delante, con el pecho inmóvil, con una sábana en el rostro. Si me quedo moriré. Si salgo pereceré. Lo haré de todas formas. Entonces, ¿qué más da? Intento aferrarme a la vida. Quiero vivir. No me hagan caso. Sáquenme de aquí, lo suplico. No puedo seguir aquí. Pero no sé dónde es aquí. ¿Existe siquiera el aquí? Quizá nada de esto es real y solo estoy encerrada en mi cabeza.

María Gallegos, alumna de 2º de Bachillerato del Colegio Orvalle.